

Realidad y novela

Guillermo Fadanelli

Autor de novelas como Lodo, Hotel DF y Malacara, entre otras, el narrador y ensayista Guillermo Fadanelli reflexiona acerca de las complejas y a menudo contradictorias relaciones entre la ficción y la realidad, y nos otorga una decidida y ejemplar apuesta por la imaginación literaria como una forma de conocimiento.

El tema o, más bien, el pretexto de estas palabras es husmear un poco en la relación que existe entre novela y realidad. Como se verá, es un tema ambicioso que probablemente no nos llevará a ninguna parte. Y aun así hablar de ello tiene sentido porque en un tiempo de realidades amargas como el que vivimos, tarde o temprano nos preguntaremos qué sentido tiene escribir novelas si nos hemos instalado ya en un mundo que no puede ser descrito, un mundo excedido, capaz de sobrepasar las posibilidades de nuestro lenguaje. Si la realidad cotidiana contiene en sí misma la trama de una novela trágica cuya crueldad va más allá de nuestra imaginación, entonces las novelas nos parecerán un tanto inútiles e incluso superficiales. La sangre en la realidad pesa más que la sangre en el terreno de la ficción. No sólo pesa más, sino que su contundencia vuelve superflua toda manifestación artística. Esto fue lo que sucedió cuando tantos pensadores apabullados por los acontecimientos de la última guerra mundial concluyeron que después del holocausto ninguna teoría o pensamiento tenían sentido. El peso de la realidad hacía estragos en la fortaleza de la imaginación.

Por otra parte, la realidad misma no es sencilla de describir porque un hecho puede ser valorado o descrito por dos personas de un modo completamente distinto. Varios relatos pueden referirse a un mismo hecho de manera contradictoria y, sin embargo, no ser totalmente falsos (esto, por supuesto, va en contra de las más estrictas

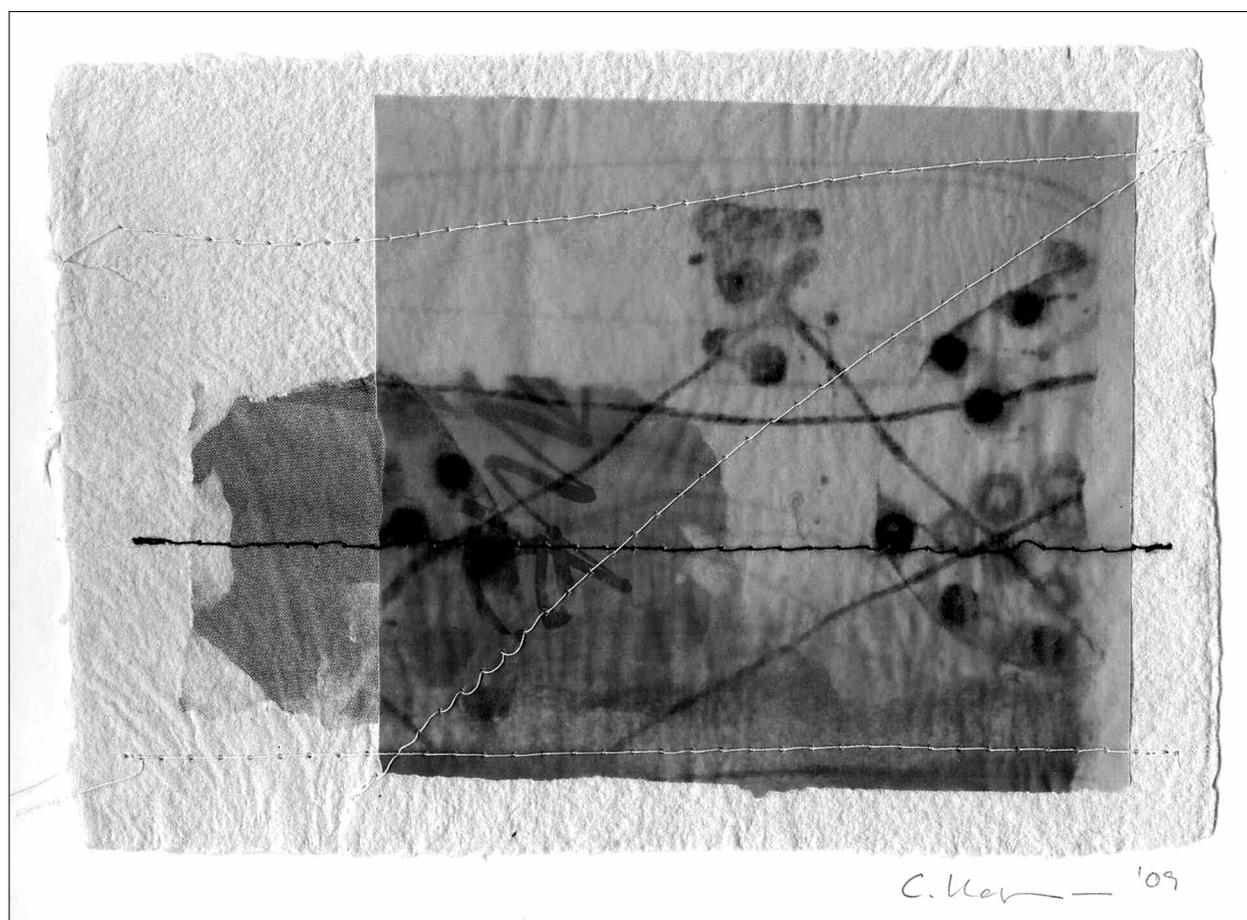
nociones de la lógica). Una prueba de esta contradicción es que todos contamos con alguna estadística para probar que tenemos razón cuando opinamos acerca de lo que llamamos realidad. Hoy en día todo el mundo tiene una estadística en la punta de la lengua para probar sus verdades. Hoy en día a nadie le basta lo evidente. Apenas ayer mientras viajaba en un taxi el conductor me recitó, sin hacer pausas, un costal de estadísticas para demostrarme que tenía razón en determinado asunto. Como yo no tenía estadísticas más contundentes que las suyas tuve que viajar callado durante todo el camino y recibir lecciones del informado taxista. Gracias a las estadísticas ahora uno puede recibir lecciones hasta en los camiones de carga. Saber si existe una realidad en sí misma es un problema filosófico que no le interesa demasiado a la literatura, la cual suele —al menos en esta discusión— ser bastante más pragmática. Como la literatura no persigue verdades objetivas ni universales, se conforma con la conversación. No aspira a ser un relato que contenga al mundo, sino a crear un relato más que se añada a la enorme cantidad de historias que habitan ya ese mundo. No niega el pasado y cuando lo niega lo hace en forma de vanguardia, es decir, en forma de pasado revivido. Su verdad no es comprobable y su sustancia es relativa. Así las cosas y a riesgo de hacer más grande la confusión, intentaré de modo un poco desordenado hablar desde mi experien-

cia como escritor sobre el sentido de la novela y su cercanía con lo que se conoce comúnmente como realidad. Los escritores, por lo general, no somos especialistas en nada y los que tienen títulos no lo tienen de escritores sino de licenciados o doctores; en mi caso, intenté estudiar ingeniería y fracasé rotundamente porque a esa edad no comprendía que lo que me interesaba era la forma, no los ladrillos; es decir, las matemáticas y no sus aplicaciones, la ciencia que es filosofía y arte, no la que es verdad y tecnología. De eso me doy cuenta hasta los días recientes cuando por desgracia me he convertido en un malformado. En vez de títulos, los escritores tienen libros, pero si estos libros no son leídos entonces la existencia de quien los escribe se vuelve nebulosa. Y a beber.

Hermann Broch, a quien cito sin haber leído a fondo, dice que la única moral de la novela es el conocimiento y que es inmoral aquella novela que no descubre parcela alguna de la existencia hasta antes desconocida. Eso dice Broch y pese a no haberlo leído a profundidad estoy de acuerdo con esa afirmación (yo no sé por qué tenemos que leer a los austriacos, si aquí no hace tanto frío y nuestra amargura no ha producido todavía ninguna guerra). Si la novela no es conocimiento y no trae a este mundo algo que no existía antes, entonces la novela no se aproxima al arte y ya puede ir cavando su tumba: si nada más es entretenimiento o testimonio de la realidad no tiene un lugar seguro en los tiempos actuales, pues el cine o las series de televisión han avanzado

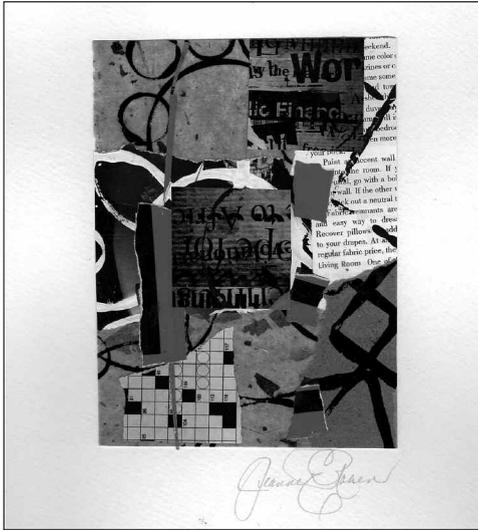
mucho por estos caminos. El cine ha contado todas las historias posibles en tan sólo un siglo de edad. El entretenimiento es necesario para hacer más soportable la vida pero es un punto muerto, un respiro antes de avanzar en alguna dirección. Por eso creo que las novelas no sobrevivirán si sólo aspiran a ser un pasatiempo o a contar una buena historia. El cine y las series de televisión están llenas de buenas historias y un ejército de guionistas se hallan dispuestos a crear una buena historia a cada segundo. Ahora, mientras conversamos, los guionistas del orbe han escrito varias obras inolvidables que ustedes verán pronto en televisión o en cine o en cualquier pantalla de una cafetería.

Esto me hace pensar que las buenas novelas son las que no pueden ser llevadas al cine. Es inútil llevar estas obras al cine porque cuando son desplazadas a un lenguaje distinto al suyo pierden casi todo en la travesía. ¿Una buena novela? Aquella que resulta imposible poner en pantalla y que se resiste a ser comprendida en otro lenguaje que no sea el escrito, como una anciana que se niega a correr al ritmo de los niños. Traducir una novela de una lengua a otra es entropía, pero llevarla al cine es virtualmente suicidio. Por cierto, ésa es una virtud de la novela: hacerse vieja demasiado pronto a pesar de que en Estados Unidos —donde se concentraron tantas tendencias y tantos buenos escritores de origen diverso— tuvo una última oportunidad de continuar siendo joven. Si la novela tiene sentido es porque es vieja

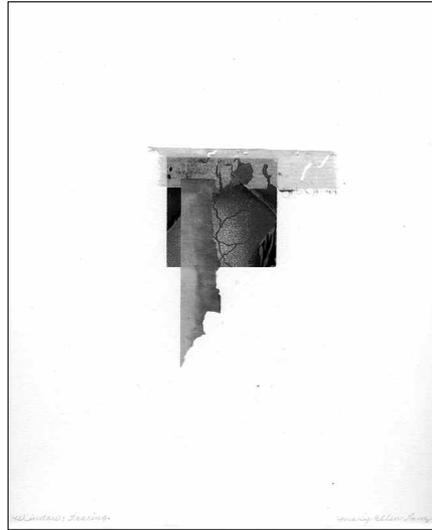


C. Kagemann — '09

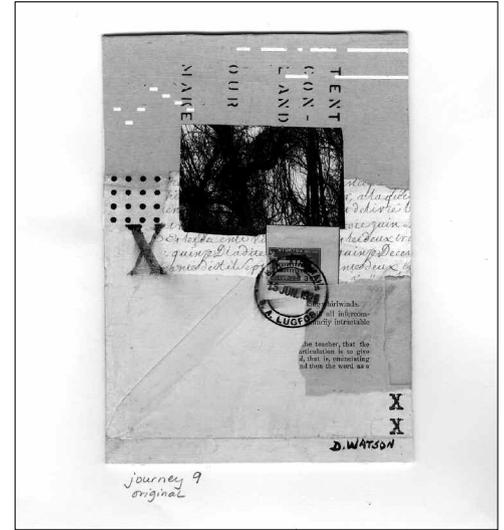
Cordula Kagemann, *In touch 13*



Jeanne E. Rohen, *New York Series 6*



Mary Ellen Long, *Window Tracing*



Donna Watson, *Journey 9*

y parece no poseer sentido alguno. El insulto o desprecio de los jóvenes pone a los viejos de nuevo en marcha, pues los invita a la guerra. Y todo vuelve a comenzar. Por eso las amenazas de los medios electrónicos en contra de la literatura son estimulantes. Una vez anunciado nuestro fin, podemos comenzar a escribir novelas armados de una renovada tranquilidad, aunque esta extraña calma provenga del desasosiego.

El día exacto en que comencé a leer novelas era yo aún bastante joven. Y como los jóvenes no mienten, aunque se empeñen (no mienten porque no pueden), yo no mentía cuando aseguraba que las emociones que me despertaban esas primeras lecturas eran reales o verdaderas, tan reales como una pata de palo, una escopeta o una mujer que se ríe del poder masculino. Cuando digo “emociones verdaderas” quiero decir que por mi mente no pasaba la idea de que a la sombra de dichas historias había un escritor moviendo los hilos de la trama como si se tratara de un dios omnipresente o vanidoso: un dios que creaba su propio mundo a placer. Para mí existía la novela, no el escritor (confieso que deshacerse de los escritores de esta manera representa un verdadero alivio). En mi aburrida juventud no sospechaba que la interpretación del lector hace de la novela una experiencia única: cada lector aporta a la novela su propio mundo y es su sensibilidad la que va marcando el camino. Pero el lector que viene a poner el mal orden es aquel que solamente se dedica a perseguir a la liebre. Este lector aguarda a que la liebre aparezca para comenzar a correr tras de ella como un desquiciado que sólo tiene en la cabeza un solo objetivo: atrapar el mensaje. Hay personas que buscan a toda costa encontrar motivación psicológica, moralejas o consejos de superación personal en las novelas (buscar liebres) y nadie va a convencerlas de lo contrario, pues ellas van a encontrar recetas de superación moral hasta en las obras de Bukowski o de Thomas Bernhard. Lo que menos interesa a estos lectores es la conversación.

Como dije, cuando tenía quince años no me importaba quiénes eran los escritores y me conformaba con leer sus historias y vivir la aventura que suele acompañar a la sorpresa de la ficción literaria. Para mí, en ese entonces, la valorada imagen del escritor resultaba lo menos importante en la experiencia de leer ficciones. Casi nadie sabe quién diseñó la cama donde se duerme cómodamente, ¿qué nos importan los diseñadores de sillas? La cuestión es sentarse y no sufrir en esa posición. Lo demás —pensaría un anciano de espalda sensible— llega a ser una banalidad. Pero las cosas no son así. Detrás de una obra literaria hay una persona que tiene traumas, que odia a sus primos o que conduce una camioneta a toda velocidad. Y este ser humano, esta vida que va a toda velocidad en una camioneta es lo que hace humana una obra de ficción. Y si es humana entonces es, en el fondo, incomprensible. Esto es algo que no toman en cuenta muchas personas, desde los dictadores hasta algunos comerciantes que nos quieren rellenar las tripas con basura o que intentan hacernos creer que lo más importante en la vida de un hombre es hacer negocios, acumular dinero y morir de un infarto en plena comodidad. No sabemos quién es el otro y justamente este desconocimiento, este no saber a ciencia cierta quién es el otro es lo que despierta nuestro respeto por él. Sin misterio no existe respeto. Y eso lo podemos comprobar en todos los órdenes de la vida. Algunos científicos creen que la realidad existe y que tal realidad está sometida a los mandamientos de la física. La ciencia, nos dicen, sí que ha logrado avances en el conocimiento y en la medición del mundo real, un mundo que existiría aunque nosotros no pudiéramos medirlo, una verdadera cosa en sí. Las ciencias naturales son las únicas que nos ofrecen un conocimiento real, nos cuentan, aun cuando ni siquiera sean capaces de describir cuál es su método de conocimiento. Pero otras personas interesadas en la ciencia y que además son filósofos o novelistas (Popper, Putnam, Murdoch, Rorty)

ponen en duda que la ciencia sea capaz de abarcar todos los aspectos de la realidad e incluso prefieren que sean la literatura o la filosofía las que nos cuenten historias acerca de cómo podrían ser las cosas sin necesidad de ir a medirlas con una cinta métrica o un colisionador de hadrones. Cada disciplina se defiende por mantener su identidad, pero yo creo que cuando hay un progreso éste viene de la conversación entre distintas disciplinas y no de la fe en un método universal (aludo a las dudas que ha despertado entre los filósofos de la ciencia la existencia o validez del método inductivo).

Si de medir se trata, yo prefiero que mi cinta métrica sea, por ejemplo, Dostoievski (un hombre consciente de que el sufrimiento podía ser un medio para tomar conciencia real de las cosas). Si la vida de los hombres es sólo un fragmento de la tragedia de la humanidad, entonces la novela puede ser un apropiado relato de esa tragedia. Y en esta misma dirección ha caminado Cioran al afirmar que uno puede conocer el mundo a través de las lágrimas y no sólo a partir de conceptos o teorías abarcadoras. Los conceptos son como biombo que detrás de sí no esconden nada sino vacío, creía Cioran. ¿Adónde voy a llegar con estas declaraciones? Al hecho para mí indudable de que los periodistas, sociólogos o científicos narran una realidad que en muchos sentidos es objetiva o verdadera, pero que de ninguna manera es la única que nos afecta. La literatura de ficción nos relata mentiras verdaderas, dibuja rostros desconocidos, abre grietas y fisuras en muros aparentemente sólidos, descubre órdenes inesperados de la realidad. Lo hace a partir de un lenguaje que no se agota porque no se domina, el lenguaje nos supera porque no lo inventamos nosotros, sino que lo heredamos y lo recreamos. “Toda la literatura —escribió Fernando Pessoa— consiste en un esfuerzo para hacer real la vida”.

Cuando se dice que la novela es humanista por naturaleza entiendo que, en consecuencia, contiene los mismos defectos que los seres humanos. No se parece a una máquina en cuanto la novela no posee una utilidad específica: es un universo complejo, aun cuando narre una historia concreta o el escritor desee dejar bien sentados ciertos conceptos o ideas que lo obsesionan. Si bien la escritura requiere un orden para expresarse —las palabras van una tras otra para formar frases que significan, las palabras nunca se amontonan—, este orden es una paradójica metáfora del caos: ninguna lectura, por más incisiva que sea, puede agotar las combinaciones o variaciones a que da lugar este caos: *Rayuela*, de Julio Cortázar, es un buen ejemplo de cómo se puede leer una novela comenzando siempre de una manera diferente (también puede leerse así *El libro del desasosiego*, de Pessoa, o *El bandido*, de Robert Walser): se trata de un juego premeditado que no obstante puede extenderse como hipótesis al resto de la literatura de ficción. Una página

es una ventana en el sentido más legítimo y elemental del término, sólo que cuando nos asomamos el paisaje nunca es el mismo: cambia con la mañana, el licor de medio día o con el tono que Glenda Jackson ha elegido para sus medias.

Creo que el francés Michel Houellebecq, ese odioso hombre de letras, acierta cuando define la lectura como una acción reflexiva: no hay lectura sin parada, sin movimiento inverso, sin respuesta de varios sentidos. La cuestión es que para llevar a cabo este ejercicio de constante vuelta atrás el libro no requiere de consumidores, sino de sujetos, seres pensantes, no nada más parlantes o reaccionarios. Es éste precisamente el carácter humanista que algunos creen contiene todavía la novela: su lectura convierte a los lectores en sujetos que a su vez estarán preparados o dispuestos a sumergirse en una lectura riesgosa, abierta, reflexiva. (Por humanista me refiero someramente a la buena retórica, a la sabiduría de los viejos, a la prudencia del sentido común, etcétera). Por eso yo no estaría de acuerdo en pensar que la novela progresa o que los escritores contemporáneos poseen más recursos que los escritores del pasado: vanidad innecesaria (claro que es una ventaja ser escritor y haber leído a Fonseca, pero en muchos casos también puede ser una desventaja). Con la renovación de la técnica o los experimentos formales a los que se someten hoy en día las ficciones no se avanza en una dirección determinada, más bien se desplazan las obsesiones hacia lo secundario, se parte de los troncos más gruesos en dirección a las ramas más endebles o truncas. Y sucede lo acostumbrado: cuando se cree avanzar por vía de la moda no se hace más que dar vueltas en círculo y la exhibición suplanta al caminar de la búsqueda.

Termino diciendo que la novela transforma (y rehace) la realidad de manera directa a la hora de asumirla como ficción, y también de manera indirecta cuando pone en alerta a los lectores en asuntos que se refieren a la sensibilidad. Un lector de novelas tiene más reflejos críticos a la hora de enfrentar la realidad cotidiana que alguien que no lee. Se vuelve más alerta ante las adversidades de lo cotidiano, y también más sensible a la hora de disfrutar los placeres. La literatura despierta la mirada atenta, la malicia, el saber estar. Después de que la televisión en México, la mala retórica política y la urticaria mercantil han degradado el lenguaje a niveles en verdad salvajes, la lectura de ficción nos despierta y arroja fuera del ataúd para conocer el mundo en su diversidad, no en sus taras. Mi exageración no lo es tanto si pensamos que, a fin de cuentas, para sobrevivir se requiere estar alertas y eso es imposible hacerlo sin imaginación. **U**

Escribí este breve relato a partir de una charla sobre arte y novela en el Museo de Arte de Zapopan.